

Cumpleaños en la Granja

Juicios y renunciaciones

Gustavo Gorriti

Todo ciudadano que vive una transición política esperanzadora (una revolución de claveles, de rosas o de cualquier flor apropiada; una primavera de libertad; un derrocamiento de dictaduras despreciadas) debería darse el tiempo en medio del fervor democrático para adquirir un libro –pequeño para más señas, fácil de llevar y guardar–, con el compromiso de no abrirlo sino dos años después.

El libro es *Granja de animales* (*Animal Farm*), la pequeña obra maestra que George Orwell escribió entre noviembre de 1943 y febrero de 1944. Aunque el escritor tuvo al estalinismo en mente al crear esa amarga fábula, su vigencia trasciende la referencia original, como sucede con toda gran literatura. Para quienes no lo hayan leído todavía, va el siguiente apretado e incompleto resumen.

Hartos de la cruel tiranía del Hombre, los animales de una granja inglesa se rebelan, se levantan y ponen en fuga al granjero, su familia y sus trabajadores. Bajo los acordes victoriosos de la gran Marcha de las Bestias, se abre un futuro de esperanza y de prosperidad. Los

cerdos, que son los animales más inteligentes y, sobre todo, astutos, toman la dirección del proceso. Los secundan, vigilantes, los perros; trabajadores, los percherones; fieles y acríticas, las ovejas. "Dos patas, malo; cuatro patas, bueno", es el lema que resume la doctrina del Animalismo, y que se ladra, muge, relincha, rebuzna, bala y cacarea en la granja esperanzada.

Claro que los cerdos se tratan especialmente bien a sí mismos, se toman toda la leche, se comen las manzanas. Pero, ¿cómo no cuidar a los hermanos porcinos que se sacrifican por el bien de los demás? Con el tiempo, uno de los cerdos, Napoleón, desplaza a los otros, y hace que el aparato de seguridad, los perros, le muevan la cola como antaño al granjero. Se empieza a hacer negocios con la gente que trataba antes con el granjero y luego de un tiempo los cerdos se mudan a la casa de este y le encuentran gusto primero a la ropa y, después de las primeras resacas, al whisky. Orwell no menciona la etiqueta.

Eventualmente, los cerdos empiezan a caminar en dos patas. Las ovejas balan la nueva

consigna: "Cuatro patas, bueno; dos patas, mejor"; y un nuevo principio central del Animalismo se establece: "Todos los animales son iguales; pero unos son más iguales que otros". Los granjeros vecinos visitan ahora la granja y, admirados ante su estabilidad y disciplina, se disponen a hacer negocios. Y en la fiesta y los brindis que le siguen, los otros animales se aproximan cautelosamente a la casa del granjero y ven, con sus ojos avasallados, la parte final de la metamorfosis: "Las criaturas afuera pasearon la mirada del cerdo al hombre, y del hombre al cerdo, y luego del cerdo al hombre de nuevo; pero ya era imposible decir cuál era cuál".

Tengamos en mente leer a Orwell el 29 de julio de este año.

La corte onomástica

El cónclave de Perú Posible que incorporó entre sus nuevos afiliados a Guillermo González Arica, el neocortesano por antonomasia ("Después de Dios y la Patria, usted, señor Presidente"), se realizó al costado de la Granja Azul. No creo que haya sido un acto fallido; ni siquiera una coincidencia literaria. En lo que no existen

confusiones, empero, es en la creciente importancia de los modos y formas de la cortesanía —con sus variedades folclóricas específicas— para determinar ascensos o desgracias, alianzas u hostilidades, censar *ayayeros* y lucir oropeles entre diversos jercas del gobierno actual.

El acto cortesano más imitado, socorrido (e involuntariamente patético) ha sido la celebración pública de cumpleaños como si se tratara de fastos patrios. El ya lejano precursor de la insigne huachafería fue, pocos lo recuerdan, Gerardo "Cucho" Saavedra—el del célebre juramento "Por Dios y por la plata"—, que el 2001 celebró por etapas el seguramente esplendoroso aniversario de su nacimiento, con fiestas en el norte y varias en Lima. Este mes, y desde fines del pasado, el signo Acuario fue maltratado por homenajes onomásticos en cadena a los caciques de hogaño.

Primero en la compulsa, Raúl Diez Canseco casi llenó el local Isla del Paraíso, en la Marina. La celebración fue, en la opinión experta de uno de los concurrentes, "medio franciscana", sin pollos fritos ni pizzas masivas, "más lonche que comida, porque Raúl se retiró a eso de las ocho de la noche".

Muy poco después, Luis Solari pudo contar a quienes habían

asistido al Círculo Militar a celebrar la magna fecha en la que el mundo se vio privilegiado con su presencia. Asistieron, según un concurrente, "no menos de 180 personas" a una cena de mantel largo o su equivalente. Según la fuente, la mayoría de los asistentes pagó algo así como cien soles para felicitar a Solari y expresarle su eterna amistad.

Luego vino una celebración menos mediática en homenaje (y autohomenaje) a Marcial Ayai-poma; antes de que Anel Townsend añadiera un gran brochazo de huachafería a su, desde muchos aspectos, respetable y valiente trayectoria, con la celebración de su cumpleaños en el "Brisas del Titicaca"—entrada por invitación gratuita; mira y que te vean, sobre todo los asistentes cantados: Alejandro Toledo y Eliane Karp.

El abnegado servicio a la nación tuvo también manifestaciones acuáticas: congresistas de casi todas las bancadas se subieron al yate de Jorge Mufarech (el ex ministro de Trabajo de Fujimori y protagonista, entre otras cosas, de la inmortal conversación telefónica con Crousillat), para disfrutar, de la mano del anfitrión del crucero, de algunos de los bienes de la tierra y del mar. No fueron los únicos. Poco después, el varias veces autonombrado líder de "una cruzada contra la corrupción", Alejandro

Toledo, disfrutó de la hospitalidad playera de Mufarech. Eso fue, cosa curiosa, muy poco antes de que Mufarech volviera a lanzar una andanada de acusaciones dementes en contra del ex procurador José Ugaz, que recibieron la conveniente levadura en las estridentes portadas de *La Razón*, el diario de la mafia.

¿Exagero al dedicarle espacio a los cumpleaños del gobierno y a sus cortes de aliados, validos y *ayayeros*? Creo que no. Hay indicadores del estado de una nación que son más elocuentes y a veces hasta más precisos que las estadísticas macroeconómicas. Un país que salió, mediante el esfuerzo de sus ciudadanos, de la dictadura del espionaje y la cleptocracia y que rechazó con asco y con horror la realidad que vídeos, documentos e investigaciones pusieron ante sus ojos, no merece un gobierno con pujos y huachaferías de nuevo rico. El Perú mereció tener un gobierno austero hasta la frugalidad; con funcionarios entregados al servicio público y a la construcción institucional y moral de la república, a quienes ni se les ocurriera autocelebrarse —y menos medrar— sino solo cumplir con su misión.

No es ese, lo digo con alguna tristeza, el gobierno que tiene ahora. Hubo bolsones de integridad y transparencia —que ahora están terminando de desaparecer— entremezclados, a veces promiscuamente, tanto con algunos grupos eficientes, aunque en muchos casos de flexible moral, cuanto con una

¿A quién cree el Presidente que se debe la suma de sus éxitos? A Alejandro Toledo. ¿A quién le debe sus anteriores contrastes? A sus asesores, por supuesto.

buena cantidad de políticos de poca monta; y con algunos mafiosos propios y otros infiltrados o acogidos.

Odios favoritos

La respuesta de Toledo a la renuncia de Fernando Rospigliosi a la jefatura del CNI fue más de silencio que de sorpresa. —Vengo a decirte que no tengo nada más que hacer en tu gobierno —le había expresado Rospigliosi. En otro momento, la separación hubiera suscitado por lo menos alguna intensidad emocional en el diálogo de despedida. Pero ahora el silencio, seguido de las fórmulas usuales de agradecimiento, fue casi indiferente. Con la salida de Rospigliosi se iba el último de los asesores independientes que acompañaron a Toledo en las luchas del año 2000 y lo llevaron a la victoria el año siguiente. En el gabinete y el círculo inmediato del Presidente solo quedó una persona de los que se fajaron contra la dictadura y arrojaron los riesgos consiguientes: Carlos Bruce.

Los otros, o no estuvieron o pertenecen a la orden, parafraseando a un militar de la guerra civil estadounidense, de los "invisibles en la batalla, invencibles luego de ella". Del grupo del Plan de Gobierno del 2001 (que tanto contribuyó con la real imagen de seriedad y solvencia profesional en la campaña), solo Fernando Villarán mantiene precaria presencia en el gabinete. Es el sobreviviente de los que Solari llama, con reminiscencia falangista, "los rojos", aunque de rojo ninguno de ellos haya en estos tiempos tenido nada. Este grupo



Fotos: Archivo La República

—de asesores, de plan de gobierno— le dio prestigio, peso intelectual, ejecutoria moral y capacidad de gestión a la campaña primero y al gobierno después. Pero, ya lo he dicho en otra parte, Toledo es una persona que no sabe administrar el éxito. Y el Presidente se siente, hoy por hoy, muy exitoso.

¿Qué ve Toledo? Lo siguiente: —La economía tuvo un crecimiento del 5,2 por ciento del PBI (compárese con Sudamérica, icon el resto del mundo!). —Junto con el crecimiento, el Perú tuvo un superávit comercial por primera vez en doce años. —Él, Toledo, tuvo un crecimiento del 100 por ciento en las encuestas en tres o cuatro meses.

¿A quién cree el Presidente que se debe la suma de sus éxitos? A Alejandro Toledo. ¿A quién le debe sus anteriores contrastes? A sus asesores, por supuesto. Su discurso íntimo es el ahora muy repetido "Yo para qué necesito consejeros, si cuando los tuve estaba abajo. Ahora, solito, estoy arriba" (añadir carajos al gusto).

El grupo que lo rodea ahora tiene características comunes: total-

mente subordinado personal, funcional e intelectualmente, sin ninguna capacidad de debate (aunque hay mecedores de nota que taimadamente mecen al gran mecedor). Ni el círculo más próximo (Adam Pollack, Willy González, Avi Dan On, Javier Reátegui, César Almeyda, Carlos Bruce); ni el grupo de colaboradores políticos que les sigue en cercanía (Luis Solari, Raúl Diez Canseco, los *aparatchiks* de Perú Posible), tienen otra relación que la de los cortesanos con el virrey o la de los capataces con el patrón. En cuanto a los consejeros, salvo el uso de Arias Graziani para tareas específicas (y algunos intentos casi conmovedores de Juan de la Puente por ser útil), no existen para todo fin práctico.

Claro que hay peleas, y cómo. El club de "Yo odio a Willy" es quizá el más numeroso. González Arica está "peleadísimo", como dicen muchas fuentes, con Aurelio Loret de Mola, y tiene pésima relación con Villarán y con Raúl Diez Canseco. En el Congreso, Carlos Ferrero lo detesta y el núcleo de *aparatchiks* (Alvarado *et al.*) de Perú Posible, le pidió a Toledo la cabeza de Willy. El Presidente no



les hizo caso, y es casi seguro que encuentra divertidas y hasta funcionales esas peleas. Porque en lugar de discutirle nada, de debatir políticas de Estado, los grupos buscan el favor del Presidente y reproducen su estilo. El gabinete Solari no discute, ni delibera. Solari reparte tareas y los otros callan, contentos de estar vivos; funcionalmente, claro. Así, el descabezamiento de la dirección civil del Ministerio del Interior y la renuncia de Rospigliosi no son vistas por Toledo tal como algunos mortales las apreciamos (el fin, para todo efecto práctico, de la reforma policial y de la construcción de un sistema de inteligencia y de defensa interna democráticos), sino como el desembarazamiento de un grupo incómodo, pesado, poco dúctil, innecesario en la etapa actual. ¿Cuándo tomó Toledo la decisión de reemplazar a Gino Costa y al equipo civil del ministerio? Posiblemente poco después del rescate de Mariana Farkas. ¿Y cuándo empezó a fantasear con cambiar a Rospigliosi del CNI? Alrededor de Año Nuevo.

Las razones para intentar sacar a Costa y su equipo fueron



complejas, pero pueden resumirse en las siguientes:

– Toledo detesta a Susana Villarán. Según una fuente, "le tiene una fijación". Según otra, la ve como "el demonio con cachos". ¿Razones? Varias. Ninguna válida. Una de las últimas fue sostener que Villarán, la *ombudswoman* (o *tombudswoman*) de la Policía buscaba crear una base electoral para su partido político desde el Ministerio del Interior, y que dominaba a los otros "rojos" (Solari puede ser verbalmente contagioso) en el ministerio, Costa incluido. Según fuentes confiables, Toledo le pidió tanto a Rospigliosi cuanto a Costa que la despidieran, sin resultado.

– Costa no fue un ministro fuerte, y no supo marcar fronteras y hacerlas respetar dentro del gabinete. Sentirse *junior* hizo que lo trataran como tal. Ya lo he dicho: en el gabinete, si no te creen pit bull te tratan como a chihuahua. (Hay excepciones: por lo menos un ministro es tratado como San Bernardo: grandote, necesario, inofensivo.)

– La relación de Costa con Tisoc nunca fue buena, pero se deterioró paulatinamente. A

ambos les cabe responsabilidad, pero la de Tisoc es, sin duda, mayor.

– Cuando Toledo nombró a Raúl Diez Canseco como presidente de la Comisión de Seguridad Ciudadana (en lugar de Costa, como correspondía) e invitó directamente a Tisoc a participar en ella, el juego se hizo claro. Costa trató de establecer su autoridad sobre Tisoc, quien se sintió respaldado por Diez Canseco, Solari y Toledo.

– Rospigliosi, que se percató algo tarde de lo que iba a suceder, habló con Tisoc—que lo respeta mucho—y le hizo notar a fines de año que lo estaban utilizando, que al final iban a sacar a Costa, a su equipo, pero también a Tisoc, que la reforma policial se iba al diablo y que Sanabria iba a terminar como ministro. Tisoc, que entre sus muchas virtudes no cuenta las de un profundo razonamiento aristotélico, lo escuchó pero quizá no lo comprendió.

– Cuando hubo el primer choque Costa-Tisoc, Rospigliosi, que se encontraba en Nueva York, telefoneó a Toledo, que estaba en Punta Sal, y tuvieron lo que una fuente describe como "un cruce vivo de argumentos". Rospigliosi le dio varias de las razones que le había dado a Tisoc, sin ningún resultado. Entre otras cosas porque Sanabria estaba también en Punta Sal, preparándose en el ambiente adecuado para asumir el Ministerio del Interior.

– Hay coincidencia en las fuentes de que, pese al papel que jugaron Solari y Raúl Diez Canseco en este episodio, Sanabria no fue

candidato de ninguno de ellos, sino de Toledo.

– El destino de Costa estaba cantado, pero Rospigliosi empezó a estar también en la mira. Eso hubiera sido impensable hasta hace poco, pero no en los tiempos de Punta Sal, del 30 por ciento en las encuestas (que a Toledo le parece un apoyo casi unánime) y de los sicofantes y arreglatodos de Palacio. En una audiencia en enero con George Vickers, encargado del Open Society Institute (OSI) para América Latina, Toledo le dijo sorpresivamente a aquel que estaba descontento con el trabajo de Rospigliosi.

– Rospigliosi, a su vez, estaba descontento con Toledo. Según fuentes cercanas al ex jefe de Inteligencia, la relación con el Presidente empezó a deteriorarse desde noviembre-diciembre, no solo por el tema Costa sino, sobre todo, por el de la lucha contra la corrupción.

– Uno de los puntos de discusión más fuertes de Rospigliosi con Toledo fue sobre el ex procurador Ugaz. Mientras el entonces jefe de Inteligencia coordinaba estrategias anticorrupción con este, Toledo manifestaba hacia el ex procurador una ojeriza comparable con la que tenía hacia Susana Villarán. ¿Por qué? Por pronunciamientos de Ugaz y Proética (entre otros sobre el caso Zará), y por sostener que Ugaz, también, buscaba construir una carrera política propia. Según una fuente, Toledo acusaba de hipócrita a Ugaz por tener a Guido Lombardi en Proética; lo cual, digamos, es uno de los mejores ejemplos de ver la paja en el ojo ajeno pero no la viga en el propio.

– Viendo que la lucha anticorrupción sufría de un "bajón tremendo", Rospigliosi hizo a Toledo una serie de propuestas relacionadas con la acción antimafia. Según la fuente, Toledo "no hizo caso". Las reuniones entre ambos se fueron espaciando. La renuncia de Rospigliosi no solo se hizo inevitable, sino que marcó el fin de un periodo y el inicio de otro, seguramente peor.

– Lo mejor que se puede decir de César Almeyda, el nuevo jefe de Inteligencia, es que se trata de una persona de la confianza de Toledo, a quien este le ha encomendado buena parte de sus arreglos y arregletes bajo cuerda. Astuto y taimado, Almeyda hubiera podido ser perfectamente un funcionario de confianza de Fujimori. Por eso lo pusieron en Indecopi y ahora en el CNI. No me agrada decirlo, pero es exactamente así. No tengo que darle el beneficio de la duda, porque duda no hay.

El tribunal y la historia

Mientras Toledo termina de decidir su ruta y el gobierno se convierte en otro mediocre régimen más de nuestra historia –peor que muchos, mejor que otros–; y mientras las líneas de combate contra la mafia y la nueva corrupción pierden la claridad que tuvieron el 2000 y el 2001, y se entrecruzan dentro de casi todos los grupos y partidos, empieza el proceso judicial más importante que se haya dado en el Perú, el juicio a Montesinos.

En medio del deprimente panorama del Ejecutivo y el Legislativo en cuanto a la lucha anticorrupción, pudiera tocarle

al Poder Judicial –o, más bien, a algunos tribunales selectos dentro de ese poder– dirigir, liderar y hasta gobernar esta lucha.

El Perú ha necesitado y necesita no un juez Garzón, sino muchos Garzones. El efecto que un grupo de magistrados justos, recios, incorruptibles, pueda tener en la lucha contra las cleptocracias, es inmenso. Como Garzón lo hizo en España, el poder de un juez honesto, decidido a hacer justicia, se hace inmenso. En cuanto la confianza de la sociedad civil, del pueblo en su conjunto, les dé fuerza y legitimidad, su capacidad de investigar y tomar cuentas a miembros de otros poderes del Estado puede ser muy grande. Eventualmente, a diferencia de lo que proclamó Toledo, el Poder Judicial, a través de tribunales selectos, pudiera terminar siendo no el objetivo sino el liderazgo implícito de una cruzada anticorrupción en el país.

El país podría haber encontrado ese tribunal en la sala anticorrupción, integrada por los vocales Villa Bonilla, Tello y Barandiarán. La reputación que ha construido cada uno de ellos en su trayectoria judicial, es excelente. Ahora les toca el mayor desafío que un juez peruano haya debido enfrentar. Los ojos y la esperanza del país estarán puestos en ellos. Si enfrentan bien ese desafío, todos los devaneos y retrocesos en la corte de Cabana serán anécdota diminuta; y quedará demostrada la diferencia entre la corte que mantiene cortesanos y la Corte que produce jueces.▲